

# ETICA DE PALABRAS

Nuestro catolicismo necesita desarrollar mucho más su responsabilidad social. Cada católico debe replantearse de verdad su propia conducta ética, sin acogerse demasiado a las palabras, como por desgracia hace demasiadas veces.

Un ejemplo bien significativo de esta responsabilidad con hechos y no con palabras es la decisión hecha pública por la Redacción y plantilla laboral de *El Noticiero Universal* de «independencia ideológica de su periódico», recabando «su libertad de expresión periodística frente a cualquier presión que pudiese intentar coaccionar su conciencia profesional». El motivo ha sido «el cambio de propiedad de la casi totalidad de las acciones de la empresa propietaria» (*Informaciones*, 9 de junio de 1971).

Ejemplo que debíamos meditar los católicos, aplicándolo a todos los campos cuando tan dispuestos estamos casi sólo a las meras palabras y tampoco a las decisiones que nos responsabilicen en la línea de la libertad humana o religiosa.

Hace un mes aproximadamente un canónigo mallorquín publicó en un periódico local dos artículos criticando el hecho de que yo pudiera ser llamado «teólogo», como me lo llamó el *Diario de Mallorca* en una entrevista que me hizo el *Centro de Comunicaciones Sociales* durante mi estancia en Manacor para dar allí una conferencia promovida por la *Casa de la Cultura*. Al día siguiente ya no era sólo mi persona el blanco de la oposición de este eclesiástico, sino mi «teología».

La verdad es que hace años predico «el ocaso de la teología», y no debemos los creyentes abiertos sentimientos afectados por estos combates lingüísticos sin verdadero adversario.

Pienso que —para cualquiera que viva la cultura científica actual— eso que se ha llamado teología, más que una ciencia ha sido frecuentemente producto de una época cultural precientífica que carecía de base crítica y racional suficiente. El propio Pablo VI, en su discurso del 3 de enero de 1964, invitó a los seglares a que le hicieran dar a la teología un salto con el aporte de muchas cuestiones de las que vuestra vida profana —decía— os da una directa experiencia y una indiscutible competencia», porque «innumerables problemas de la vida profana son mejor conocidos por los seglares católicos que por el clero». Y los «problemas nuevos, interesantísimos y muy amplios, no deben ser tratados empíricamente al modo de los antiguos manuales, sino que es preciso sean considerados a la luz de enseñanzas sistemáticas y científicas que los seglares católicos pueden útilmente suministrar».

Con palabra suave el Papa viene a decir, en 1964 ya, algo muy semejante —si bien en forma no tan amplia— a lo que yo quiero expresar: que la reflexión religiosa y moral de los manuales al uso debe pasar de su estadio «empírico» (y por lo tanto, acientífico), a un estadio «sistemático y científico». Y somos los seglares quienes más y mejor podemos conseguirlo.

La Santa Sede acaba de invitar también a esta reflexión libre a todos los católicos en general en su instrucción pastoral «Comunicación y progreso», dando así un paso muy importante en la clarificación de esta libertad de investigación y exposición que el creyente debe tener. «Los católicos —dice—, aun debiendo estar atentos a seguir el magisterio, pueden y deben investigar libremente para llegar a interpretar más profundamente las verdades reveladas, a fin de que éstas se expongan mejor a una sociedad múltiple y cambiantes».

La frase no da lugar a ninguna duda: tenemos las creyentes libertad para reflexionar y para expresar sinceramente lo que pensamos. Y esto aunque estemos atentos al magisterio eclesiástico. Pero esta atención no supone certeza como aclararon, hace ya años, varios de los más famosos teólogos, como fueron el especialista padre Choupin, el teólogo Schiffini y el profesor Fenton de la Universidad católica de Washington (ver J. Salaverri, en *XI Semana de Teología*, septiembre de 1951). Todos ellos afirmaron —y la Iglesia nunca ha condenado esta opinión— que el asentimiento que deben los católicos al magisterio oficial no infalible, es un asentimiento «opinativo», o sea, que no produce certeza. Tal tipo de enseñanzas sólo las aceptamos como más seguras moralmente que las contrarias, sin que se exija nada sobre la verdad o error de las mismas, que queda siempre a la investigación de los que estudien estas materias.

La diferencia actual sobre la enseñanza anterior es que cualquier católico —y no sólo los teólogos de oficio— que seriamente investigue y reflexione sobre ello puede aportar algo interesante a la interpretación más profunda de las verdades re-

ligiosas y a su exposición adecuada a la cultura plural de nuestra sociedad. Y además que esta adhesión condicional —como ya hasta los conversadores enseñan con su ejemplo crítico— depende de «las razones que se presenten para apoyar una doctrina determinada», como afirma el jesuita alemán padre Gutwenger, profesor de la Universidad de Innsbruck (*Concilium*, enero de 1970).

Y de esta libertad no se seguirá —como todavía piensan muchos— ni el caos ni ninguno de los males anárquicos que se predicaron demasiado ligeramente del protestantismo, porque «esta libertad de expresión en la Iglesia, lejos de dañar su coherencia y unidad, puede favorecer a su concordia y coincidencia por el libre intercambio de la opinión pública» (*Comunicación y Progreso*).

Si los católicos se limitasen a reproducir las encíclicas y documentos de los Papas en nada se notaría que son laicos. Porque como decía con ironía el obispo obrero monseñor Ancel hace ya años, si los católicos se limitasen a reproducir los documentos de los obispos serían más unos sacristanes sin voz propia que unos fieles activos y responsables.

Nosotros —e incluso los clérigos, como dice el Concilio— tenemos en «ciencias sagradas» derecho a «la justa libertad de investigación y de pensamiento», y poseemos también el derecho, si nos dedicamos particularmente a esta reflexión y estudio religioso, «de hacer conocer con sencillez y valentía (nuestra) manera de ver en los campos que son de (nuestra) competencia» (G. et S. núm. 62). El silencio y la obediencia ciega ya no deben ser actitud de ningún católico. Lo que debe calificar al católico fundamentalmente es su sincera y serena universalidad cristiana. Y son de bien poca importancia los títulos que tengamos; por eso prefiero exponer mis ideas religiosas al público antes que invocar —como le gustaría al canónigo mallorquín— el haber sido miembro del Comité de Dirección del Instituto Superior de Pastoral, adscrito a la Universidad Pontificia de Salamanca, o el de ser profesor del mismo durante cinco años, con aprobación de la jerarquía española, o los muchos cargos católicos que tuve hasta que renuncié libremente a ellos, o los que sigo teniendo todavía.

Lo malo es que muchos católicos han dado —y siguen dando— excesiva importancia a la ética de las palabras y de los títulos, en contra de la ética de la conciencia personal. Y así se nos ha dicho que difundiéramos las fórmulas eclesiásticas y no nuestro propio pensamiento cristiano, haciendo de nosotros unos verdaderos autómatas. Pero lo curioso es que hasta los integristas conservadores se rebelan ya contra tal automatismo, reivindicando la libertad para sus propias ideas, aunque se opongan a las orientaciones de Roma, como ocurre con el manifiesto difundido en Madrid contra la decisión de nombrar administrador apostólico a un hombre moderadamente abierto como es monseñor Tarancón.

A esto —a ser un mero repetidor— ya casi nadie está dispuesto, porque debemos superar la huera ética de las palabras y de los títulos autoritativos, para acceder a una ética de la existencia sincera, como quiere el teólogo Karl Rahner, S. J. Sólo esta ética de la conciencia nos descubrirá el camino para acceder a la verdad, a través de la más radical sinceridad, aunque externamente estuviéramos equivocados. La autosinceridad es la única vía hacia la verdad humana y religiosa, porque la verdad del hombre no es una verdad automática que entre en nosotros como en una máquina tragaperras, sino una verdad vital en donde sujeto y objeto se compenetran en nuestro propia intimidad y expresión. Lo interior y lo exterior nos damos cuenta por fin que son complementarios, porque espiritualismo y materialismo, actividad y pasividad, dejan de ser antinomias.

Por eso pienso que los neopositivistas, cansados de oír tanta palabrería ética sin consecuencias de boca de los hombres religiosos, llegaron, hacia los años treinta de este siglo, a plantear la ética como el resultado de nuestro temperamento emotivo. Porque, si analizamos lo que nos pasa muchas veces a los creyentes, veremos que nuestras palabras morales obedecen más al sentimiento que a la convicción personal, a la palabra exterior más que a la conciencia íntima. Y ese es nuestro mal.

Pero la moral tiene que ser una convencida elaboración personal y abierta a los demás, y a la construcción de un mundo más libre, más cooperador y más pacífico.

MIRET MAGDALENA